

de las obligaciones domésticas, aunque tan principal, que es el verdadero sostén de la casa, y de hecho es lo que domina y se encuentra por todos los rincones de su hogar.

Su trabajo lo hace en cualquier rincón, pero la obra cunde y llena hasta el cuarto de dormir. No hace tanto barro como el alfarero y lo puede tener cerca del rodillo, en el hueco de la escalera próxima o al entrar de cualquier habitación para que no se enfríe.

Cualquiera se hará cruces de lo perdidas que deben tener las casas con tanta tierra y barro por todas partes, pero es un error, las casas de las cantareras, como las de los alfares todos, están limpiísimas, recuidadas por verdaderas mujeres de su casa, porque este barro no mancha y se nota lo que hacen, como se nota en los hornos del pan que andan con la harina, pero no por la suciedad, sino por el colorcillo que toma todo. Y en el caso de la cantarera todavía menos, porque no cuece en su casa, ya que el horno es lo que más ensucia.

La mujer alcazareña ha trabajado mucho con el hombre y las yeseras las que más, pero ninguna le ha dado al hombre una vacación tan estable como la cantarera para que viva como un Rajá.

La tierra seca la machaca en el suelo con un martillo, y cuando la tiene bien molida la echa en agua en una pila como la de dar agua a las mulas, que tiene en el mismo patio. Cuando la traen de los barreros la extiende a secar para machacarla mejor. La tiene en agua un día, la saca, la extiende en el suelo y la pisa, función en la que suelen tomar parte



Otra prueba que confirma el juicio anterior nos la da Escolástica la Cuchareta, bocando cantarillas al entrar en su gran portada de la Cruz Verde que se verá en todas las fotografías del horno de su calle. El rodillo de la Escolástica ha viajado mucho y ella está tan harta, que si le dieran una pensión lo dejaría. A ver quien le pone el cascabel al gato.